

II.

Mediaba el Otoño del año de gracia 1139.

Hallábase ausente de Toledo, empeñado en el cerco de Aurelia¹, gran fortaleza de los africanos en aquella frontera, el incansable Emperador, y encomendada la guarda y defensa de la imperial ciudad á la hija del conde D. Ramon Berenguer.

Largo fué el sitio y vigorosa la defensa que de aquel inespugnable castillo hizo el alcaide sarraceno; pero mermada la guarnicion con tan repetidos ataques, y exhausta de recursos, tuvo que pedir un armisticio al castellano, esperando que en el entretanto llegasen los socorros que habia pedido al emperador de Marruecos Tachfin. Generoso Alfonso, y aunque conocia los intentos del mahometano, no tuvo inconveniente en concederle la tregua; que tanta confianza le inspiraban sus bravos capitanes y sus valientes soldados.

Apesar de que no les era próspera la fortuna como en años anteriores á los almoravides, todavía pudieron prestar poderosa hueste, con la que pasando el estrecho, acudieron rápidamente en defensa de sus hermanos, y habiéndoseles agregado la de Aben-Gania de Valencia, reunieron un ejército de treinta mil combatientes, que entraron por tierras de Toledo, ganosos de trabar combate con los cristianos.

Pero antes de ello, y como tuviesen noticia de que la guarda de Toledo estaba encomendada á una muger, creyeron fácil empresa la de conquistar aquella codiciada ciudad, y poniéndola estrecho cerco, comenzaron á expugnar sus primeras fortalezas.

Animóse Doña Berenguela, reunió toda la gente de armas que

¹ Hoy Oreja á 8 leguas de Toledo.

pudo allegar, y aunque ya los sitiadores dominaban las cercanas alturas de San Servando, no por eso turbó su ánimo la mas ligera nube de inactivo desaliento. Antes, sin embargo, de fiarlo todo al éxito de las armas, con la claridad de inteligencia que la distinguia y siguiendo la feliz inspiracion del momento, decidióse á obligar á los infieles á levantar el sitio con la sola fuerza de su ingenio y sin que para ello tuviera que esponer la vida ninguno de sus defensores.

Disponiéndose estaba á repetir sus ataques el ejército sarraceno, cuando á deshora oyeron sus guerreros las trompetas y atabales de los cristianos, anunciándoles la llegada de un enviado de Doña Berenguela, él cual despues de obtener la competente vènia del gefe africano le dijo estas palabras en nombre de la Emperatriz. «¿No conoceis que «es mengua de caballeros y capitanes esforzados acometer á una «muger indefensa, cuando tan cerca os espera el Emperador? Si que- «reis pelear, id á Aurelia, y allí podreis acreditar que sois valientes, «como aquí dejareis demostrado que sois hombres de honor, si os «retirais.» Sorprendidos los árabes de tan extraña y digna propuesta, volvieron los ojos hácia las murallas de la ciudad, y vieron en una de las torres del Alcázar á la Emperatriz, que rodeada de damas y doncellas (las cuales cantaban al acorde de varios instrumentos músicos) radiante de magestad y de hermosura, y con todo el esplendor de su corte, parecia esperar la contestacion de los infieles¹.

Maravilladas ante aquel inesperado espectáculo, hicieron un res-

¹ Sed maximus exercitus Moabitum et Agarenorum venerunt Toletum, et pugnauerunt contra S. Servandum: sed turres excelsæ non sunt lasse: dextruxerunt tamen unam turrem, quæ stabat á facie S. Servandi, et perierunt in illa quatuor animæ Christianorum: et multi eorum abierunt in Azeca: sed nihil mali ibi fecerunt. Deinde cæperunt destruere vineas, et arbusta. Sed in Civitate erat Domna Imperatrix Berengaria cum magna turba, militum et ballistariorum et peditum, qui sedebant super portas, et super turres, et super muros Civitatis, et custodiebant eam. Hoc videns Imperatrix, misit nuntios Regibus Moabitum, qui dixerunt eis: «Hoc dicit vobis Imperatrix uxor Imperatoris: Nonne videtis quia contra me pugnatis, quæ sum fæmina, et non est vobis in honorem? Sed si vultis pugnare, ite in Aureliam, et pugnate cum Imperatore, qui cum armis et paratis aciebus vos expectat. Hoc audientes Reges, et Principes, et Duces, et omnis exercitus, elevaverunt oculos suos, et viderunt Imperatricem, sedentem in solio regali, et in convenienti loco super excelsam turrem, quæ nostra lingua dicitur Alcázar; et ornatam tamquam uxorem Imperatoris, et in circuitu ejus magna turba honestarum mulierum, cantantes in tympanis et cytharis, et cymbalis, et psalteriis. Sed Reges, et Principes, et Duces, et omnis exercitus, postquam eam viderunt, mirati sunt, et nimium sunt verecundari, et humiliaverunt capita sua ante faciem Imperatricis et abierunt retro: et deinde nullam rem leserunt, et reversi sunt in terram suam, collectis á se suis insidiis sine honore et victoria.—*Crónica del Emperador Alfonso VII.*—§. 69.

petuoso acatamiento á tan gran señora, y volviendo la espalda se retiraron, regresando á sus tierras segun la expresion del cronista «sin honor y sin victoria ¹.»

De este modo no solo consiguió la Reina librar á Toledo de los rigores del sitio, sino que imponiendo respeto á los mahometanos que iban en socorro de los de Aurelia, fué causa de que se volvieran á su pais, abandonando á sus hermanos; con lo cual los de la fortaleza cercada con tanta insistencia por D. Alfonso, desesperanzados y faltos de auxilio rindiéronse sin mas condiciones, que la de poder libremente retirarse á Calatrava.

Tantas y tan trascendentales fueron las consecuencias de aquel felicísimo rasgo de ingenio, con el cual alcanzó la Emperatriz de España, sin necesidad de combatir, dos señaladísimos triunfos.

III.

Tan generosa y esforzada como buena y discreta, poco tiempo despues tuvo nueva ocasion de demostrar las altas prendas de su hermoso corazon.

Entre los heroicos castellanos que peleaban en el ejército del emperador, contábase Nuño Alfonso, á quien alguno de nuestros antiguos cronistas compara en su disculpable entusiasmo á Judas Macabeo ². Por imprevision, mas que por otra causa, cuando custodiaba el castillo de Mora, le fué arrebatado por los infieles; y lleno de vergüenza el pundonoroso caballero se impuso el deber de no vol-

¹ Los historiadores que describen los monumentos toledanos, dicen que Doña Berenguela se asomó á un torreón que todavía subsiste en el Alcázar en el muro de Oriente. Aquella es una de las obras mas antiguas de este soberbio monumento; pero no nos atrevemos á asegurar que existiese en la época á que nos contraemos ahora. De todos modos, no parece dudoso que por este punto se exhibiera la Emperatriz, puesto que los árabes pusieron su campo al otro lado del rio en los cerros de San Servando.—*Martin Gamero, Historia de la ciudad de Toledo.*

² Sandoval.—Crónica de Alfonso VII.

verse á presentar á su rey, sin que oscureciera por completo su involuntaria falta, la fama de sus hazañas y proezas. Para conseguirlo dedicóse exclusivamente á hacer á los infieles una guerra sin trégua ni descanso; y con tan buena suerte, que victoria sobre victoria bien pronto su solo nombre, imponia espanto y terror en las filas de los ejércitos islamitas. El justo renombre que le valieron sus hechos le alcanzó, como deseaba, la gracia del Emperador, y nombrado segundo Alcaide de Toledo, hizo una atrevida escursion en tierra de moros con reducida hueste, hasta llegar casi á los muros de Córdoba. Indignados los mahometanos de tanta audacia y reuniendo todas las fuerzas de Córdoba y Sevilla, mandadas por sus respectivos emires, cayeron sobre el capitan toledano con irresistible ímpetu; pero de tal modo supo defenderse y acometer con sus decididos guerreros Nuño Alfonso, que deshaciendo el ejército musulman, puso en precipitada fuga sus escasos restos, regresando triunfante á Toledo con las cabezas de los emires Aben-Zeta de Sevilla y Aben-Azuel de Córdoba, clavadas en las puntas de las lanzas, y seguido de muchedumbre de cautivos cargados con los ricos despojos de la victoria.

Hallábase tambien ausente de Toledo el Emperador, y la Emperatriz recibió al esforzado guerrero en la Catedral con toda su Corte, el Arzobispo y el clero, cantándose el Te-Deum en accion de gracias con la mayor solèmnidad; pero como despues de la llegada del monarca á quien se habían despachado mensajeros noticiándole el triunfo conseguido, mandasen colgar las cabezas de los emires en las torres del Alcázar, Berenguela dispuso que tan sangrientos trofeos se embalsamasen y que envueltos en riquísimos paños de seda y colocados en cajas de oro fuesen enviadas á las mugeres de los desventurados emires.

IV.

Si la hija de D. Ramon Berenguer demostraba en todos los actos de su vida las virtudes y prendas que la adornaban como muger y como reina, no menos supo demostrar su prudencia como esposa, y lo que es mas difícil como esposa ofendida.

Impresionado vivamente por la hermosura de Gontroda, y dando aunque pasageramente al olvido, sus deberes conyugales, tuvo D. Alfonso de aquella noble asturiana una hija, á la cual puso por nombre Urraca en recuerdo de su madre. La legitima esposa que así vió vulnerados sus derechos, no por esto turbó la paz del matrimonio con imprudentes quejas. Comprendiendo que lo que el amor y el cariño no consiguen, nunca puede recabarlos la violencia, procuró á fuerza de ternura ganar de nuevo el corazón de un esposo que aquellas ilícitas aficiones le arrebatában; y consiguiendo al fin su propósito, no solo hizo olvidar su extravío al Emperador, sino que la considerara y amase con un cariño mezclado de veneración.

Hermosa y dotada también de ingenio y virtudes la hija de Gontroda, lejos de ser mirada con mezquino desdén por Berenguela, creció cerca de ella: recibió su educación cristiana de la misma Emperatriz y de la hermana de D. Alfonso; y cuando la fama de sus relevantes prendas la llevó á compartir el trono del rey de Navarra D. García, sexto de su nombre, la misma Berenguela dispuso que se celebrasen las bodas con desusada pompa, concurriendo en unión de su esposo á dar mayor brillo y lucimiento á los inusitados festejos.

Soberana y esposa que de tal modo sabia hacerse amar, así del compañero de su vida como de los pueblos que gobernaba, no es extraño que al dejar esta vida en Febrero de 1149, fuese profundamente llorada por el Monarca, y por sus vasallos, llenando su muerte

de amargura el corazón de D. Alfonso, y cubriendo de tristeza y luto todo el Reino, hasta el extremo de que la pérdida de tan gran Reina se convirtiese en punto de partida para fijar las fechas de los acontecimientos, como se vé en multitud de escrituras donde en lugar de escribir la era se dice únicamente, *del año en que falleció la señora Emperatriz*¹; y como el buen ejemplo de las madres es fecundo rocío de virtud para el corazón de los hijos, las dos infantas, Constanza ó Isabel (pues con ambos nombres es conocida) y Sancha ó Beacia (como la llama el Arzobispo de Toledo) nacidas de aquel feliz enlace, y unidas después en matrimonio á los Reyes de Francia y de Navarra, fueron dignas imitadoras de Berenguela, hasta el punto de que las virtudes de Constanza la *atragesen el mérito de que la titulasen Reina Santa*, como afirma el Tudense².

Berenguela fué además madre de Sancho *el deseado*, que ofrecía también en el corto tiempo de su reinado, ser digno imitador de sus padres.

V.

En el interior de la célebre Catedral de Santiago, cuyos pilares y bóvedas claramente indican la época en que se construyeron, aquel

¹ Sola, pág. 582.

² Refiérese al propósito de estos enlaces por el mismo Tudense y el Toledano, que algunos enemigos de la paz esparcieron por Francia la voz de que Doña Constanza no era legítima, sino hija de una vil concubina, y que su padre no tenía representación ni gloria entre los suyos. Tomó tanto cuerpo la voz que sonó en los oídos del francés; y prestando romería á Santiago de Galicia, quiso venir á España á informarse por sí. Supo también nuestro Monarca lo que habían susurrado al francés; y después de acompañarle desde Leon á Santiago, volvieron á Toledo, donde D. Alfonso convocó toda la flor del Reino, con el Conde de Barcelona, y los árabes tributarios, que con su crecido número, con sus preciosas galas, comitivas de criados, tiendas de campaña de seda en el campo de Toledo, abundancia y hermosura de caballos ricamente enjaezados, formaban una corte tan magestuosa, que escedió la esperanza del Rey de Francia, confesando que no la había visto semejante. La opulencia de nuestro Emperador en aquel tiempo, el aposento del Conde de Barcelona D. Ramon, los Reyes árabes tributarios, el continuo ejercicio de armas, en que nuestros ricos hombres se ejercitaban, sobresaliendo en juegos de lanzas y caballos, podían dar materia á la admiración de cualquier Rey, por no haber entonces corte semejante.—*Florez.—Reinos católicos.*